

**HACIA UNA GRAN ESTRATEGIA EN
POLÍTICA EXTERIOR PARA EL SIGLO XXI**

*Comunicación del Embajador Ricardo E. Lagorio,
en la sesión privada del Instituto de Política Internacional,
el 2 de julio de 2015*

HACIA UNA GRAN ESTRATEGIA EN POLÍTICA EXTERIOR PARA EL SIGLO XXI

Por el Embajador RICARDO E. LAGORIO

La Política Exterior puede ser la llave del progreso del Estado, siempre y cuando se armonice con una política que sea nacional. Esta frase de Juan Bautista Alberdi adquiere hoy mayor relevancia que hace 150 años y refleja el desafío que enfrentan los decisores políticos frente al diseño de una política exterior acorde a las necesidades y demandas de este siglo XXI globalizado.

La víspera de la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia, y con la perspectiva y objetividad que otorga el tiempo transcurrido, es una ocasión propicia para reflexionar sobre el papel de la República Argentina a lo largo de estos 200 años y, particularmente, el aporte de grandes hombres y mujeres a la constitución de instituciones internacionales. La visión de notables hombres públicos argentinos y su generosa contribución, tanto en el plano teórico como en el práctico, constituyen un reservorio de pensamiento y de acción internacional, en la línea de lo que Carlos Saavedra Lamas llamaba la *Noble Tradición Internacional Argentina*.

Esta Noble Tradición, tal como bien señala nuestro primer Premio Nobel de la Paz, Carlos Saavedra Lamas, es el resultado de remotas influencias que gobiernan el presente, generando continuidades y orientaciones para las futuras generaciones. La obra de notables hombres públicos como Bernardo Monteagudo, Mariano Moreno, Domingo F. Sarmiento, Juan B. Alberdi, Carlos Tejedor, Bernardo de Irigoyen, Norberto Quirno Costa, Estanislao Zeballos, Francisco P. Moreno, Carlos Calvo, Joaquín V. González, Luis María Drago, Roque Sáenz Peña, Ángel Gallardo, Honorio Pueyrredón, Carlos Saavedra Lamas y, más modernamente Raúl Prebisch, Atilio Bramuglia y Arturo Frondizi, son ejemplo de acción y fuente inagotable de inspiración.

Esta Noble Tradición se ha visto reflejada, históricamente, en la conducta de la República, y en aquellas sintéticas fórmulas de Mariano Varela, *la victoria no da derecho*, aquella otra de Roque Sáenz Peña, *Sea América para la Humanidad*, o la de Hipólito Yrigoyen, *los hombres son sagrados para los hombres y los pueblos son sagrados para los pueblos*.

Al momento de nuestra independencia, hace 200 años, nuestra situación y prioridades eran muy diversas de las actuales, así como eran muy diversas las condiciones del contexto internacional.

El actual contexto internacional presenta una naturaleza dinámica. Esto hace que las relaciones exteriores de cualquier país deban adaptarse permanentemente a las nuevas reglas y condiciones. No obstante ello hay algunas definiciones recurrentes y hay ciertos interrogantes que constituyen el desafío de toda generación interesada en el bienestar de su nación.

Dos siglos después nos preguntamos nuevamente: ¿Cuál es el contexto que enfrenta nuestro país? ¿Cuál es la inserción internacional más adecuada para poder beneficiarnos y aprovechar los beneficios globales? En definitiva ¿cómo maximizar nuestros valores e intereses nacionales?

El panorama internacional nos muestra que en las últimas décadas se aceleró la velocidad del cambio y la producción de eventos que influenciaron el mundo.

En modo sucinto, podemos afirmar que la globalización llevó a cuestionar el concepto tradicional de los límites del Estado-Nación, que se produjo una tendencia a la regionalización de los espacios económicos y que se verificó un aumento de la cantidad de actores internacionales no gubernamentales.

Desde Westfalia a la fecha en particulares momentos históricos –y estamos ante uno de ellos– el sistema internacional debe enfrentar el desafío de la creación y del mantenimiento del orden en un escenario de Estados soberanos: parafraseando a Dean G. Acheson, estamos *Presentes en la Creación*.

Esto podría ser denominado el *momento hobbseano*, el *momento lockeano* o el *momento rousseauniano*, en función de la personal visión filosófica.

Históricamente estos momentos de quiebre histórico que generan posteriormente un proceso de creación institucional, se dieron en:

- 1648, luego de las la Guerra de los Treinta Años, en Munster y Osnabruck, o sea el moderno sistema de Estados-Nación de Westfalia.
- 1815, luego de las Guerras Napoleónicas, surge el primer esbozo de gobernanza moderna con el sistema tutorial de Congresos, a partir del Congreso de Viena.
- 1919, finalizada la Primera Guerra Mundial, en el Congreso de Versalles se reconfigura sistemáticamente el escenario mundial, y surge el primer esbozo de gobernanza mundial: la Liga de las Naciones.
- 1945, finalizada la Segunda Guerra Mundial, surge un renovado esquema de gobernanza mundial: el sistema dual de San Francisco y de Bretton Woods.

- Finalmente un triple derrumbe,
 - ▲ 1989, el Muro de Berlín;
 - ▲ 2001, las Torres Gemelas;
 - ▲ 2008, Wall Street.

En estos tiempos enfrentamos el desafío del diseño y construcción de una institucionalización de gobernanza más plural y comprensiva que responda a un escenario global que, como muy bien señala Henry A. Kissinger en su último libro *World Politics*, es absolutamente novedoso en la historia de las Relaciones Internacionales.

Quo Vadis: Escenario Global

Estamos viviendo uno de esos excepcionales momentos históricos en los que el hombre y la mujer tienen la capacidad y posibilidad de contribuir al avance del desarrollo humano. Y tenemos que actuar. Vivimos, asimismo, una transición de poder dual: geográfica y de funciones.

En el plano geográfico, estamos ante lo que correctamente señala Richard Haass: una suerte de no-polaridad. El poder se ha difundido, se extendió entre un enorme y variado grupo de actores estatales –y algunos no estatales– con plena capacidad y derecho de ejercer su influencia.

Emergen nuevas potencias mundiales y el poder se diluye y se expande por el mundo.

Junto a los EE.UU. y Europa surge nuevamente con su enorme potencial la zona del Asia-Pacífico y, muy especialmente, China e India.

Pero no nos olvidemos de nuestra Región, que tiene el necesario potencial para constituirse en un actor relevante en este siglo

XXI. Latinoamérica aparece como una región de estabilidad, de paz y con el enorme reservorio de recursos naturales y humanos que el mundo necesita.

El poder en el siglo XXI se ha desmilitarizado y ha permeado diversas y variadas dimensiones a las que antes no llegaba: cultura, ciencia y tecnología, entre otros, generando lo que se denomina el *poder inteligente*.

En esta era de *poder inteligente*, hay que privilegiar la integración regional y generar la mayor cantidad de alianzas con países del mundo, a fin de enfrentar los desafíos y oportunidades de esta nueva era. Es por ello que la *integración* debe ser el principal vector de una Gran Estrategia de Política Exterior en el siglo XXI

Estamos dejando de lado un escenario internacional rígido y homogéneo. Ingresamos en una era más flexible y de mayor autonomía para todas las Naciones.

El nuevo escenario global exige nuevas instituciones y renovados compromisos. Para ello es necesario más diálogo, más cooperación, más integración, más diplomacia.

En este siglo XXI se requiere un *multilateralismo más plural* para maximizar todas las oportunidades de esta era interconectada e interdependiente.

Otra característica sustantiva del mundo, es la mutua permeabilidad entre lo “interno” y lo “externo”.

La clásica frontera entre lo interno y lo externo ha ido cediendo terreno lentamente y en la actualidad es difícil señalar qué evento o hecho hace a la dimensión interna y cuál a la dimensión externa.

Temas y situaciones que no hace mucho hacían a cuestiones internas tales como democracia, derechos humanos, medio ambiente, terrorismo y tantos otros, hoy ocupan un lugar central en la agenda global del siglo XXI.

Utilizando una analogía y un giro semántico –quizás poco grato para un diplomático– diría que Max Weber ha abandonado las Cancillerías modernas. Hemos dejado de lado el paradigma monopólico *weberiano* y hemos ingresado en una era de paradigmas *www*.

El hecho de que, en principio, todos los actores –estatales y no estatales– tienen la posibilidad de competir entre sí, y que las mutaciones tecnológicas se desarrollan una tras otra, genera un constante reacomodamiento interno. Los Estados deben, indefectiblemente, poner la casa en orden ya que las demandas internas son las más relevantes y constituyen el principal desafío a la gobernabilidad. En una era global la política exterior tiene también que ver con el ejemplo que da un país. Lo que ocurre en la caja negra de la gobernanza interna, define, limita y condiciona su accionar externo.

No obstante, la mayoría de las cuestiones de agenda son de orden global y requieren entonces de soluciones consensuadas y negociadas entre los Estados.

La política exterior ya no se lleva adelante solamente en término estrictamente estatal. Utilizando la metáfora del general Sir Rupert Smith, en su libro *The Utility of Force*¹, el instrumento diplomático se despliega no solo en los ámbitos estatales, sino también en el seno de la población.

La diplomacia se ejerce, entonces, en una dual desterritorialización: geográfica y funcional.

Esto es consecuencia de que la globalización y los avances tecnológicos, operando en paralelo, refuerzan las tendencias hacia la *No Polaridad*.

La libre circulación de *issues* de agenda global no supeditadas necesariamente al control estatal, las demandas internas de

¹ Rupert Smith. *The Utility of Force: The Art of War in the Modern World*. Vintage. 2008.

sociedades altamente movilizadas y *empoderadas* (no necesariamente democratizadas), el juego simultáneo de los temas de agenda global en los tres tableros de ajedrez, generan una situación de No Polaridad natural.

El surgimiento de un mundo no polar puede traer implícito complicaciones, ya que es un escenario complejo y altamente desagregado, en el cual, ante la emergencia de más tomadores de decisión, el proceso de toma de decisión se tornará cada vez más complejo.

Esto podría denominarse como la paradoja del multilateralismo. La mayor democratización del escenario internacional no genera necesariamente una mayor funcionalidad del sistema.

En este contexto no podemos ni debemos entonces, simplemente, proyectar linealmente el pasado y, a partir de allí buscar interpretaciones o definiciones por aproximación.

Lo cotidiano está permeado también, por sorpresas inevitables². Si bien esta ecuación parece contradictoria en sí misma, no lo es. Más bien refleja una de las actuales paradojas de un mundo no polar, altamente influido por la Ciencia y la Tecnología.

Nos enfrentamos cotidianamente a elementos predeterminados: fuerzas que podemos anticipar con certeza, porque ya vemos sus primeras etapas en el mundo de hoy. Sabemos que son inevitables porque ya han empezado a tener lugar.

También nos van a sorprender porque, si bien los hechos básicos son prácticamente predeterminados, el calendario, los resultados y las consecuencias no lo son. No sabemos exactamente cómo estos eventos se desarrollarán, o precisamente cuándo van a ocurrir. Pero podemos anticipar el rango de posibles resultados, y las formas en que las reglas del juego pueden cambiar después.

² Peter Schwartz. *Inevitable Surprises*. Gotham Books, New York, 2003.

Transitamos un mundo en el que el poder y los actores están, ambos más diseminados. En la práctica esto implica que ya no hay ningún país o dos países que puedan imponer soluciones. ¿Qué significa eso en la práctica? Significa que tenemos que entender los países, las comunidades y los problemas en sus propios términos, y no transpolando precedentes ya no aplicables.

Hay también un cambio del centro de gravedad respecto del riesgo. Ya no nos preocupan tanto los peligros externos, sino el riesgo que genera el propio sistema global en sí mismo.

Históricamente se percibían los peligros y las amenazas en término de seguridad, que era el problema dominante. Ejércitos hostiles se ubicaban uno frente a otros a lo largo de extensas geografías. El despliegue militar constituía, en sí, un riesgo y un peligro.

En la actualidad los desafíos de nuestro mundo son más ambiguos, sutiles y sofisticados. Y al mismo tiempo, paradójicamente, más primitivos.

El sistema internacional se ha convertido en global, pero las estructuras políticas se han mantenido esencialmente nacionales.

La globalización facilita y anima a las decisiones sobre la base de las ventajas comparativas que, en su esencia, no tiene en cuenta las fronteras nacionales.

La emergencia y el poder de las nuevas tecnologías de comunicación y de conexión –herramientas que conectan a las personas con grandes cantidades de información y entre sí– hará que el siglo XXI sea el siglo de las sorpresas.

La continua innovación –y la creciente población que día a día se interconecta– plantearán nuevos y difíciles desafíos para los pueblos y gobiernos de todo el mundo.

El Estado-Nación debe interactuar con una creciente proliferación actores no estatales y grupos y redes de individuos. Y,

en este contexto, el poder estatal es desafiado desde arriba por la supranacionalidad y, desde abajo, por los localismos.

Marco conceptual

La ruptura del monopolio que ejercían los Ministerios de asuntos exteriores sobre la política exterior, ofrece la oportunidad de contemplar, con una mirada fresca, el modo que se manejan las relaciones internacionales.

La clave constituiría en identificar las funciones que hay que desempeñar, y definir luego a qué nivel se llevarían a cabo (supranacional, subnacional o no gubernamental).

Las maquinarias de gestación de la política exterior tienen que ser reformadas para que reflejen la fragmentación de la diplomacia tradicional, y para ser más eficaces a la hora de establecer objetivos y seguir estrategias con que alcanzarlas.

Conforme van cayendo las barreras entre la política interior y la política exterior, junto con el monopolio de los gobiernos sobre las relaciones internacionales, estas maquinarias intervendrán crecientemente en la coordinación, más que en el dictado de la misma.

Estamos inmersos en una era de transición del paradigma weberiano de monopolio, hacia un paradigma www, de coordinación.

La política exterior se ha internacionalizado y la diplomacia se ha politizado, al escapar los asuntos políticos, económicos y sociales a los estrechos límites históricos del Estado-Nación. Ha surgido un nuevo orden del día, un nuevo repertorio de asuntos a tratar internacionalmente que pone a prueba las estructuras de la diplomacia tradicional y a su personal.

En un mundo sumamente complejo y donde la predicción resulta difícil, anticiparse a los acontecimientos y a la crisis requiere el establecimiento de objetivos claros a medio y largo plazo, que permitan estrategias que puedan influir los acontecimientos, en vez de limitarse a reaccionar ante ellos.

Se debe dejar de lado la reacción táctica, y avanzar rápidamente hacia la anticipación estratégica.

Los diplomáticos deben lidiar, a la vez, con las redes multiestratificadas y sumamente complejas al interior, y con las relaciones más inestables y llenas de confrontaciones, al exterior.

Este escenario de constante mutabilidad, *exige el pensamiento*. Un papel clave para los Ministerios de Relaciones Exteriores - papel en el que históricamente se han mostrado débiles- es el análisis político internacional. Dentro de los Ministerios, ese análisis se ha ido sustrayendo por efecto de la demanda administrativa y política que se imponen cotidianamente a los funcionarios. La función de planificación política, encargada en teoría de adoptar una visión a más largo plazo, tiende a gozar de escasa consideración. Los órganos de análisis interministeriales sufren los desgarros de la rivalidad entre las diversas burocracias.

La índole hermética de los Ministerios de Relaciones Exteriores a menudo los aísla del debate analítico en el ámbito académico o en el sector privado.

Para desempeñar correcta y eficientemente su papel, la Cancillería moderna necesitara crear un departamento con la capacidad de sacar ventaja de las últimas técnicas de descripción de escenarios y creación de modelos, abiertos a los intercambios de información tanto con el mundo académico como con el sector privado. A menos que pueda desarrollarse esa capacidad, la política exterior seguirá adoleciendo de su fijación en el corto plazo, y de incapacidad para prever los acontecimientos, o las consecuencias a largo plazo.

En la actualidad, la ruptura de la división entre la política interior y la política exterior, la creciente importancia de los medios (tanto electrónicos como los interactivos), la creciente implicación de la gente y de las ONG, y la compleja red de nuevos actores, gubernamentales y no gubernamentales, en los asuntos internacionales, significa que lo público tienen más importancia que antes.

No se trata entonces simplemente de intervenir en el debate sobre determinados temas políticos. También son importantes la imagen y la reputación.

La diplomacia pública adquiere así relevancia y actualidad en tanto y en cuanto lleva a entender puntos de vista alternativos, opiniones contrarias en vez de intentar con desprecio, situándose por encima, como en diplomacia de megáfonos³.

Por qué una Gran Estrategia

El mundo ha cambiado y nuestra capacidad para generar cambios en el escenario global ha aumentado, lo cual añade una nueva dimensión a la política exterior. Enfrentamos desafíos que la política exterior tradicional no puede hacer frente adecuadamente, ya que los mismos no respetan la frontera entre lo interno y lo externo. En el siglo XXI las relaciones internacionales son más híbridas y no pueden ser tratadas a través de la diplomacia clásica. Ello requiere de un nuevo *pensamiento diplomático*.

La proliferación de nuevos temas de agenda global, que permean todas las categorías burocráticas, exigirá de encontrar un equilibrio adecuado entre la protección de los intereses y valores nacionales y la inversión en los programas e instituciones globales para promover el bien común universal.

³ Steven Livingston, "Diplomacy and Remote Sensing Technology".

Clausevitz decía que la función primaria de toda teoría era la clarificar conceptos e ideas, en tanto y en cuanto las mismas eran confusas y generaban equívocos. De allí, la necesidad de definir lo más claramente posible los conceptos. Basil Liddell Hart es quien populariza el concepto⁴, aunque limitado a la Guerra.

Entonces una Gran Estrategia constituye una lógica que une los grandes intereses de una Nación con sus acciones e interacciones con el Mundo.

No se trata simplemente de reaccionar a los eventos cotidianos caso a caso, sino por el contrario se busca una cierta anticipación estratégica. Hay que delinear los intereses y valores en juego a largo plazo.

Para lo cual se requiere⁵:

- una clara y exacta comprensión de la situación internacional;
- una clara asunción de los intereses vitales que están en juego: desafíos y oportunidades;
- una clara visión respecto de lo que podría transformarse ese medio ambiente global a través de:
 - ▲ influencia de los regímenes internacionales,
 - ▲ alteración de los conjuntos de oportunidades que enfrentan otros Estados,
 - ▲ influir en las estructuras de autoridad nacional en otros Estados;
- un conjunto de políticas que pueden hacer realidad esa visión;
- un poder heurístico para definir políticas para desafíos imprevistos;

⁴ B. H. Liddell Hart, *Strategy*, New York: Praeger, 1967 [1954], pp. 333-372. Hart, it should be noted, limited his definition of grand strategy to the conduct of war.

⁵ Stephen D. Krasner. "An Orienting Principle for Foreign Policy". *Policy Review*. October 1, 2010.

- una estructura organizativa en el Estado que pueda poner en práctica estas políticas;
- recursos y apoyo político doméstico, para encarar esas políticas;
- el apoyo de otros actores en el sistema internacional que comparten la misma visión y respaldan las políticas asociadas, aunque sus contribuciones materiales puedan ser menos relevantes. Ese apoyo es más probable cuando el poder y la ideología se alinean.

En definitiva una suerte de Arquitectura Intelectual que le da sustento a la Política Exterior⁶

Planteada así, la Gran Estrategia es una *disciplina ecológica*, ya que requiere la capacidad de ver cómo todas las partes de un problema se relacionan entre sí, y por lo tanto a todo el asunto. Se requiere una especialización en alguna medida —el dominio de ciertas partes— pero también exige la generalización, ya que sin esa habilidad no puede haber ninguna idea de cómo funciona un sistema, dónde ha estado y hacia dónde va. Los equipos atléticos lo saben, por lo tanto, el valor que conceden a ver todo lo que está sucediendo en el campo de juego a la vez. Pero, ¿cuántos otros lugares alrededor de su universidad o en la mía tratan de formar a sus estudiantes a hacer esto?

En su dimensión operativa, una Gran Estrategia permite:

- definir y establecer prioridades y diferenciarlas;
- asignar diversos recursos a variados cursos de acción;
- abordar el poder heurístico (inventar);

⁶ Esta definición es similar a la que ofrece Hal Brands en, *From Berlin to Baghdad: America's Search for Purpose in the Post-Cold War World*, Lexington, KY: University Press of Kentucky, 2008.

- ordenar y compatibilizar las demandas competitivas de las diversas burocracias internas;
- el diálogo e interacción horizontal entre los tres Poderes;
- el diálogo e interacción vertical entre los tres ámbitos: Nacional, Federal y Municipal;
- la sinergia público-privado;
- integrar la dimensión académica y de largo plazo;
- adaptar organigramas a realidad nacional y global vigente;
- buscar y generar consensos de mediano y largo plazo. Amplio debate con sectores involucrados:
 - ▲ sinergia público-privado-académico;
 - ▲ ámbitos Federales y Municipales;
 - ▲ sociedad civil;
- **generar gobernanza horizontal al menos en cinco áreas claves para la Gran Estrategia: Política Exterior, Defensa, Educación/Ciencia/Tecnología e Innovación, Medio Ambiente y Economía/Finanzas/Comercio.**

Una Gran Estrategia evita también, lo que el General George C. Marshall denominaba “*teatroritis*”: la tendencia de los comandantes de tener en cuenta solamente las necesidades de su propio teatro de operaciones y de la guerra como un todo.

Cursos de acción propuestos

En el marco del escenario esbozado, es necesario diseñar/o y/o fortalecer consensos básicos en torno a dos dimensiones de la Política Exterior y de su Inserción Global: *Mecanismos* y *Sustancial/Objetivos Nacionales*:

Mecanismos

Es necesario tener instituciones y mecanismos estatales y societarios activos, modernos y orientados hacia la acción. En este sentido es imperativo contar con:

- Diplomacia altamente calificada y profesional;
- Fuerzas Armadas modernas, eficientes y que apoyen la acción diplomática y pacífica del Estado argentino;

Poder Legislativo que acompañe al Ejecutivo en la faz negociadora externa y colabore en la internalización de la nueva normativa necesaria para una participación responsable en el escenario global.

Sectores dirigentes modernos y globalizados: empresarios, sindicatos, ONG y sociedad civil, con visión global e intereses patrióticos compartidos.

Objetivos nacionales globales. Consenso en torno a:

- Democracia Representativa, Republicana y Federal como valor rector de la conformación del Estado y Nación Argentina.
- Defensa de la paz, justicia, respeto y fomento a los derechos humanos; eliminación de la pobreza; desarrollo sustentable y cuidado del medio ambiente en nuestra aldea global. Pragmatismo y deshegemonización ideológica; libertad de comercio, dentro de los marcos legales internacionales.
- Activa participación en el “pensamiento” y “diseño” de un *multilateralismo plural y sustentable*, adaptando y modernizando los mecanismos formales creados en *San Francisco (ONU)*, *Bretton Woods (FMI y Banco Mundial)* y *G-20*. Y los más relevantes dentro del ámbito informal (*World Economic Forum* de Davos, *Clinton Global Initiative*, *Munich Security Conference...*).

- Coordinar posiciones con los nuevos esquemas de alianzas tales como BRICS, MIKTA...
- La Región como ámbito primario de referencia geográfica y de valores históricos compartidos.
- Total prioridad al desarrollo de capacidades en el ámbito del conocimiento, ciencia, tecnología e investigación, como modernas palancas para el desarrollo nacional e inserción global en el mundo globalizado del siglo XXI.
- Fortalecimiento y acotamiento de los mecanismos y esquemas de integración regional, a fin de contar con un andamiaje institucional más reducido, eficiente y conducente al objetivo de maximización de los objetivos de la política exterior y el papel e influencia de Latinoamérica en el escenario global. En este aspecto, buscar la convergencia entre los esquemas “pacíficos” y los “atlánticos”.
- Integración: superar tensión regiones “Atlántico” / “Pacífico.”
- Andamiaje Institucional: OEA / UNASUR / CELAC / MERCOSUR.
- Sustentabilidad institucional democrática.

Objetivos nacionales particulares:

- Profundización de relaciones bilaterales pacíficas y de cooperación y colaboración amplias con nuestros vecinos.
- Profundizar las relaciones con los principales centros de poder, tradicional y no tradicional: Estados Unidos, China, Rusia, India, Unión Europea...
- Relaciones diplomáticas basadas en intereses y valores, desideologizadas.

- Activa defensa del territorio nacional “ampliado” y “proyectado” a partir de la incorporación de la nueva delimitación de la Plataforma Continental.
- Apertura de embajadas en países nuevos y/o emergentes, a fin de tener un papel más activo y una mayor participación en el diseño del escenario global del siglo XXI, y beneficiarse de una mayor maximización de los recursos nacionales.
- Incorporar, como vectores importantes de política exterior, los “intangibles” o elementos de “*soft power*” de la República: cultura, ciencia, tecnología, educación, actividades de innovación.
- Fortalecer nuestra capacidad negociadora en los principales temas de poder y de interés del siglo XXI, a través del diseño de esquemas de alianzas funcionales a cada caso en particular;
- Activa participación en los organismos internacionales, en particular:
 - ▲ Operaciones de mantenimiento de la paz.
 - ▲ Comercio internacional / OMC / rondas de negociación.
 - ▲ Negociaciones ambientales globales.
 - ▲ Uso pacífico de la energía nuclear.
 - ▲ Desarrollo de las capacidades espaciales.
 - ▲ Desarme.
 - ▲ Participación activa en cuestiones de *paz y seguridad internacionales relevantes*: narcotráfico, terrorismo, migraciones, recursos naturales...

- Fomentar nuevas formas de diplomacia, en particular *la diplomacia pública* así como poner particular énfasis en nuevas dimensiones, tales como:
 - ▲ diplomacia cultural;
 - ▲ diplomacia de defensa: OMP y adaptar las FF.AA. a las realidades territoriales y necesidades nacionales;
 - ▲ diplomacia energética;
 - ▲ diplomacia alimenticia;
 - ▲ diplomacia acuífera.

Una gran estrategia de Política Exterior está dirigida a gestar una suerte de *apuesta estratégica*, para generar una inserción global acorde con los nuevos vectores del sistema internacional de este siglo XXI basada en:

- *Visión histórica y visión geográfica*, como vectores permanentes y constantes del devenir.
- Conectar la estrategia de política exterior con las demandas societarias en un mundo en mutación.
- Ser un *actor activo y responsable* ya que estamos en un mundo no polar con mayor margen de autonomía.
- Encarar una *política exterior multidireccional, tous azimuts*. Centrada en ejes y prioridades, y presente en todo el mundo.
- Activa participación y compromiso con un liderazgo regional para llevar a la región a ser interlocutor a nivel global.

En el siglo XXI globalizado, el desafío no radica en la efectividad o en la eficiencia, radica en la *adaptabilidad*, en la *resiliencia* o sea en la capacidad que tenga el sistema de absorber las perturbaciones y seguir reteniendo su función y estructura básica.

En este contexto es necesario desarrollar cada vez más una gran estrategia de política exterior que coordine todos los esfuerzos y acciones externas detrás de una misma visión política y estratégica, de forma que nuestro desarrollo interno se compatibilice con nuestra integración externa, tanto en lo funcional como en lo geográfico.

El siguiente *decálogo* de ideas y principios para debatir y concordar podría constituir un aporte al debate del próximo Bicentenario de la Independencia.

- 1) Defensa y promoción de los intereses y valores de la República Argentina por vías exclusivamente pacíficas: democracia, derechos humanos y progreso y desarrollo sustentable de sus ciudadanos. Diseño e implementación de las necesarias alianzas para este objetivo.
- 2) Fomento y participación en la reestructuración de la institucionalidad global.
- 3) Argentina como actor activo y responsable en el escenario global, participando efectiva y seriamente en todos los organismos internacionales y en todos los esquemas globales de gobernabilidad.
- 4) Respeto de los principios de gobernanza del siglo XXI: paz, desarrollo sustentable y seguridad internacionales; operaciones de paz de las Naciones Unidas; comercio libre, justo y equitativo; liberalización del comercio. Tratados de libre comercio.
- 5) Fortalecimiento de la integración regional: MERCOSUR, UNASUR y OEA. Sinergia Atlántico-Pacífico, basada en la infraestructura.
- 6) Profundización de los nuevos ámbitos de la presencia de la política exterior: Asia-Pacífico y África.
- 7) Defensa y promoción del *soft power* argentino: Cultura, educación, medio ambiente, innovación, ciencia y tecnología.

- 8) La cuestión de las Islas Malvinas, la Antártida y el nuevo contexto territorial argentino a partir de la ampliación de la su plataforma continental.
- 9) Cuestiones globales: desarrollo pacífico de la energía nuclear; actividades espaciales; promoción y defensa del medio ambiente; utilización sustentable de la energía.
- 10) Constante adaptación de una diplomacia profesional e idónea, a través del Servicio Exterior de la Nación.

En conclusión, contar con una Gran Estrategia en Política Internacional le facilitará a la República Argentina participar en forma activa y responsable en el diseño y construcción de un andamiaje global sostenible y más democrático, acorde a las nuevas realidades y demandas de este siglo XXI y le garantizará una activa y sostenible participación en los temas de agenda global del futuro.

